

Las ideas de la filosofía política alemana Hamann Averde en el centenario de su nacimiento son tratadas en un coloquio internacional que se realizará en Internet, que se realizará en www.mienoosares.goethe.org

(Video de Fukuyano)

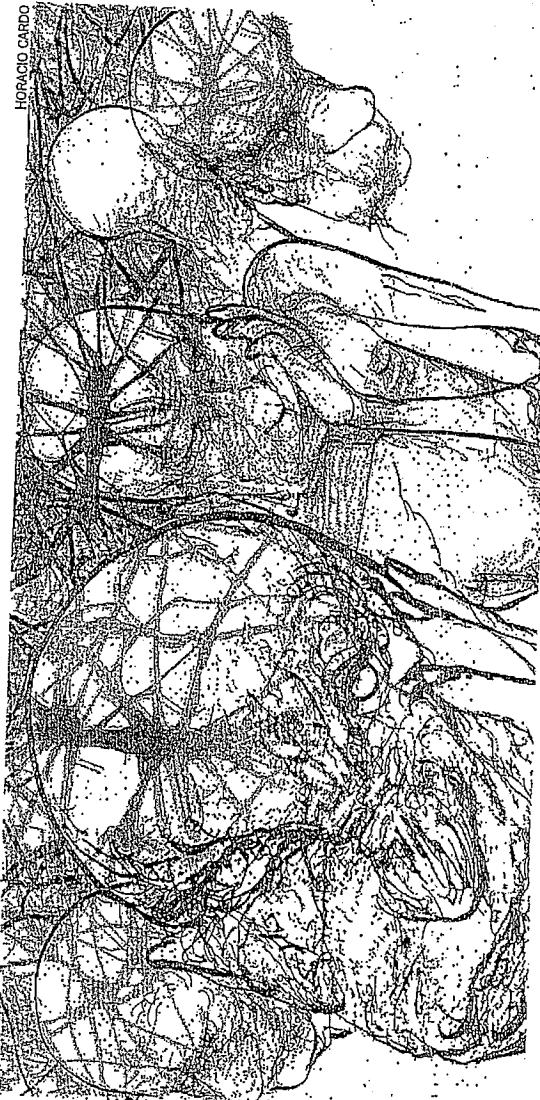
Fernando
Fukuyano
FILOSOFO ESPAÑOL

El tiempo "light" de la posmodernidad es ya un recuerdo. Globalización, identidad, religión o Internet son terrenos sobre los que la sociedad libra hoy crudos combates ideológicos.

La historia no terminó: las ideas siguen levantando trincheras

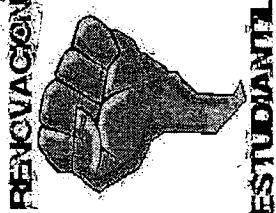
R econozcamos que cuando leyó la noticia de su muerte en el famoso ensayo de Francis Fukuyama, la historia podría haberle contestado a este funcionario lo mismo que Mark Twain al periódico en que apareció anticipadamente, su necrológica: "Estoy en posición de asegurarle que se trata de una exageración".

Porque en las casi dos décadas transcurridas después de la caída del muro de Berlín y la convulsión mundial de aquellos días, ni ha dejado de haber acontecimientos que siguen siendo tan históricos como siempre han sido ni el vaivén ideológico se ha detenido un solo instante.



Tener identidad, como bien ha dicho Amariya Sen, es tener la ilusión de un destino; simplifica nuestras opciones y encamina moralmente lo que podemos hacer; lo que debemos prohibir y las compañías que nos favorecen o perjudican.

Cuando la identidad es benéfica, se multiplica y sobre todo se somete a nuestra elección, no a la imposición forzosa de una comunidad que nos explica incluso ante nosotros mismos. Pero las identidades se vuelven asesinas cuando quieren ser exclusivas (sólo nuestras), excluyentes (sólo una cuenta, generalmente la religiosa) y reducciónistas (contestan a todas nuestras preguntas: éti-



Este último, en particular, propone no en vano estamos en una sociedad de consumo sin tregua que devora a través de la mediología global invenciones e imágenes con mayor avididad todavía que ningún otro producto del mercado. Y como ruido de fondo, las lamentaciones ahora sin muro de quienes tratan de convencernos de que ya no se piensa, ni se escribe, ni se innova, ni se pinta, ni se filma, ni... etcétera. Todo flujo: de la modernidad liquidada a la modernidad líquida.

Esta tormenta ideológica tiene características paradigmáticas y encontradas. Cuando cayó el paréndesis que separaba desde tanto tiempo atrás a los adversarios de la Guerra Fría, se destruía un supuestamente también los perfiles más rocosos de las Ideas mayúsculas opuestas. Lyotard explica a los niños que los Grandes Relatos con que nuestros mayores nos acunaban por las noches para que tuviésemos pesadillas se habían extinguido.

Comenzaba la posmodernidad, irónica y aliviada de rigideces maniqueas, un territorio desgravado como las tiendas tax-free de los aeropuertos en el que la Verdad había sido destronada como reina absoluta y sustituida por la presidencia democrática y al alcance de todos los presupuestos de la Interpretación.

El pensamiento se debilitaba y

aprendía a coexistir, porque más vale maña que fuerza; purifica-

das de sus inquisiciones, las creencias religiosas se hicieron hermenéuticamente compatibles con unas línneas de pensamiento científico igualmente pragmáticas y tampoco avasalladoras. Gorbatchov y después el espírituoso Yeltsin sucedieron a Breznev, Reagan regresó al rancho y llegó Clinton, los comisarios marxistas y los rígidos positivistas desaparecieron para dar paso a Richard Rorty y Gianni Vattimo.

Però la tregua de truculencias ha durado poco. Antes de que nos diera tiempo a acostumbrarnos a la suavidad posmoderna, con su predominio que el Partido Popular debía hacer germen débil debería hacer gemiría si quería subsistir. Desde Oriente regresó al galope la Religión, con una fuerza extermindadora y terrible —derribando las más altas torres— que nos remontaba a odios teológicos de siglos pasados.

El país más poderoso del mun-

do alienta también fundamentali-

smos que amenazan convertirlo

en una hipertrofia teocracia de

perfles puritanos y belicosos: las campañas presidenciales que han llevado a la Casa Blanca a un personaje inequivocablemente pre-posmoderno como George Bush Jr. se basan en temas tan rancios como las llamadas tres G: God, gays and guns, o sea la patria, las buenas costumbres y

ción especulativa de beneficios y a la deslocalización de empresas, su origen se remonta muy atrás, tanto al menos como el término “católico” y la idea entre kantiana e imperial de universalismo. Hoy, la globalización no es ni más ni menos que la consecuencia general de la hipertrofia de los medios de comunicación y los medios de transporte. Casi todos sus infinitos adversarios desploran que en su defensa se alza el llamado Pensamiento Único, lo cual no deja de ser paradójico porque no hace falta ser suscriptor de Le Monde Diplomatique para advertir que si algo resulta unánime es el antagonismo contra ella. Este coro hostil recibe el nombre bobalicón de “antiglobalización” o el más ajustado de “alternativismo”: los críticos de esta última escuela no se oponen a la globalización en sí —probablemente tan inevitable y asentada en el desarrollo científico como la electricidad— sino a la deriva que sigue en manos de los jerifaltes capitalistas, porque uno puede ser partidario de la electricidad sin considerar beneficios o llaman Diseño Inteligente.

Rodeada de clamores de aborrecimiento y de alguna que otra soterrada declaración de forzoso amor, la idea más jaleada en las últimas décadas es la de globalización. Aunque ahora se vincula principalmente a la maximiza-

la mano dura. Incluso Europa, de la que se nos dijo que por la vía del cristianismo había ido saliendo poco a poco de la religión, regresa a un discurso según el cual reivindicar nuestras raíces y nuestros valores vuelve a constituir en recuperar el dogma y aborrecer de la insipida laicidad. Según aseguran los expertos y tememos los incrédulos, Dios se está tomando su revancha.

Acosados por chamanes de tan diversas mitologías, los partidarios de la ciencia la convierten de nuevo en un arma ideológica y filosófica de destrucción masiva. aunque por fortuna a diferencia de otras, sólo aplicada a las creencias y no a los creyentes. Se recuerda a Darwin y se desmonta por medio de la evolución el providencialismo teleológico del que parten todos los clérigos: no hay más que ver cómo se debaten contra El origen de las especies los telepredicadores yanquis y algunos de sus imitadores europeos, oponiéndole un creacionismo con estudios primarios al que llaman Diseño Inteligente.

Rodeada de clamores de abor-

recimiento y de alguna que otra

soterrada declaración de forzoso

amor, la idea más jaleada en las

ideas que no cesa de crecer, co-

nomo el invasor extraterrestre en la nave de Alien, es la Identidad.

cas, estéticas, políticas, etcétera). Los creyentes en estos peligrosos espectros identitarios —a los que dan el nombre fervoroso e indocumentado de “civilizaciones”– son de dos clases: alarmistas, que arremangán contra el “chocotan”, que de civilizaciones”, y beatos, que preconizan su “alianza”. En ese sentido oleaje, los mestizos étnicos e ideológicos de toda laya es decir, la sal y única esperanza de nuestro atribulado planeta-combate contra las comunidades obligatorias.

No, el vavén de las Ideas no cesará ni se amortigua. Al contrario, la web y sus blogs innumerables lo han acelerado hasta lo vertiginoso. Como cualquiera puede colgar sus criterios o dictrios en la red, hay una generación que supone que iudicar por igual. La necesidad de argumentar las opiniones es vista como un culpable elitismo: tengo tanto derecho como cualquiera a decir lo que pienso, pero nadie puede exigirme que lo fundamentalmente. Cada día pueden nacer en formularias distintas para designar una broma sociológica o un capricho estético, interesantes sólo momentáneamente por razones comerciales en el gran mercado electrónico. Y apenas es imaginable guardar un instante para escribir a Marco Aurelio, que nunca tuvo mail, cuando dice: “Quien ha visto desde el alba a la noche un día del hombre, los ha visto todos”.

copyright clarín y Fernando Savater, 2006.

